



Capítulo 417 - Lo que oyes.

El silencio de la mañana fue roto por un suspiro contenido. Un sonido casi imperceptible, pero que viajaba por el aire como una chispa en un campo seco. Virgilio abrió los ojos con dificultad, la suave luz de la habitación era una carga tan pesada como el dolor en su cabeza.

El dolor era absurdo. No sólo físico—era como si su mente estuviera tratando de reingresar a su propio cuerpo, chocando con paredes que no deberían estar allí. Una presión pulsante entre sus ojos, palpitando con ecos que parecían provenir de otros planos de existencia.

Intentó moverse.

Él no pudo.

Su cuerpo parecía atrapado —no por cadenas o restricciones mágicas, sino por... algo cálido. Suave. Peso... ¿humano?

Su mirada cayó y vio.

Había cadáveres encima de él. Varios. Durmiendo.

La cabeza de Rafaelina descansaba sobre su pecho, uno de sus brazos envuelto posesivamente alrededor de su abdomen.

Zafiro —acurrucado como un gato de hielo— estaba más cerca del costado, sosteniendo su mano con la de ambos.



Stella durmió boca abajo sobre su pierna derecha, con su cabello dorado extendido como un halo de sol.

Katharina, elegante incluso en la inconsciencia, descansaba con la cabeza cerca de su hombro y su largo cabello entrelazado con las sábanas.

Ada, siempre inquieta, parecía haber caído allí por puro cansancio, con una daga clavada en el colchón a su lado como si estuviera dispuesta a defender algo incluso mientras dormía.

Y Roxanne, con un ronquido ligero y encantador, estaba tendida entre ellos, su respiración sutil vibraba contra la clavícula de Virgilio.

Virgilio parpadeó.



El dolor en su cabeza aumentó.

"Q-qué..." intentó decir, pero sólo salió un murmullo ronco.

Aún así, fue suficiente.

Seis pares de ojos se abrieron como si hubieran sido programados para hacerlo.

Zafiro fue el primero en reaccionar.

„Vergil?!"

El caos que siguió fue inmediato.



Todos se movían al mismo tiempo, con exclamaciones apagadas, expresiones de alivio y commoción. Rafaeline casi se cae de la cama, intentando levantarse demasiado rápido. Stella rodó hacia un lado con un gemido de dolor. Katharina se compuso con la gracia de una dama, pero su expresión estaba distorsionada por la emoción. Roxanne bostezó, pero sus ojos estaban alerta, buscando señales de peligro. Ada simplemente saltó hacia atrás con la agilidad de una pantera, con los puños ya apretados.

Vergil parpadeó de nuevo, atónito.

"...Yo... ¿qué...?" Intentó sentarse, pero su cuerpo cedió inmediatamente y volvió a caer sobre las almohadas.

"¡Cálmate!" Zafiro se acercó y le puso una mano en la frente. Sus ojos brillaban de alivio, pero también de dudas—muchas dudas. "Tienes fiebre... tu alma todavía está... fluctuando."

Rafaelina le sujetó la mano con fuerza. "Nos asustaste, idiota. Estuviste inconsciente durante un día entero. ¡Casi no pudimos estabilizarte!"

"¿Tú... dormiste encima de mí?" preguntó con voz arrastrada y confundida.

"Asegurar tu alma a través de vínculos emocionales. "No es sólo afecto—es técnica espiritual", respondió Katharina en tono serio, pero sus ojos estaban rojos como si hubiera estado llorando. "Y sí. Dormimos encima de ti."

Virgilio gimió suavemente, masajeándose la sien. "¿Qué... pasó? Recuerdo... a las emperatrices. Crimsarya y Nivara. Iban a chocar. Lo vi. Y luego... luego..."



"Entonces... todo desapareció", terminó Sapphire, con expresión seria. "Fue un lapso. Un espacio de tiempo tan pequeño que ni siquiera pudimos medirlo. Un parpadeo. Un soplo. Y ambos desaparecieron. Literalmente desapareció de la existencia."

My Virtual Library Empire (M|V|LOEMPYR) alberga el original.

Roxanne cruzó los brazos. "No evaporado. No destruido. Borrado. Como si los hubieran sacado del tapiz del mundo con pinzas cósmicas."

Vergil frunció el ceño y cerró los ojos por un momento. Intentó extraer los recuerdos. Forzar los ecos. Pero lo único que encontró fue un abismo negro.

"..."No recuerdo nada."



Stella, sentada al pie de la cama, asintió lentamente. "Eso es lo más extraño. Ni siquiera Amon y Astaroth pudieron encontrar rastros de lo que allí ocurrió. "Es como si algo hubiera envuelto ese momento en una especie de velo absoluto"

Ada entrecerró los ojos. "Y no cualquier fuerza. Estamos hablando de una fuerza que, según todos los indicios, reescribió todo el continuo espacio-tiempo sin causar distorsiones mensurables. Eso no es sellado. Eso es... reemplazo de la realidad."

Vergil respiró profundamente. El dolor en su cabeza todavía palpitaba, pero comenzaba a surgir una nueva sensación. Un vacío.

La ausencia de las emperatrices no sólo parecía un alivio... parecía un vacío, como si una pieza del rompecabezas hubiera sido arrancada y la imagen todavía estuviera tratando de fingir que estaba completa.



"Recuerdo que quería hacer algo", murmuró. "Quería evitar... algo inevitable. Pero después de eso... sólo oscuridad."

Zafiro colocó su mano sobre su pecho. "Tu alma estaba doblada. No quemado, no cortado... doblado. Como si hubiera servido de barco. Pero no sabemos para qué."

Rafaelina dudó y luego dijo en voz baja: "Sea lo que sea... ahora está en silencio"

Todos guardaron silencio por un momento. El estado de ánimo en la habitación parecía haber cambiado—algo tenue e incómodo, como la última brisa antes de una tormenta lejana.

Virgilio los miró a todos. Vio el agotamiento, la tensión, el miedo que no querían admitir. Y sintió, en lo profundo de su pecho, que algo mucho más grande había sucedido. Algo que aún no era posible entender... pero que había dejado su huella.

"Necesito un tiempo a solas..." murmuró. El silencio que siguió a las palabras de Virgilio fue denso. Ninguno de ellos se movió inmediatamente. Era como si su petición hubiera sido una hoja afilada deslizándose lentamente entre las ataduras que las unían allí — no cortando, sino tensando.

El zafiro fue el primero en reaccionar, tragando con fuerza antes de asentir ligeramente. Había algo en sus ojos — no herido, sino comprensivo. Se volvió hacia los demás y dijo en voz baja pero firme:

"Vamos... vamos a darle un momento."



Rafaeline no respondió. Su mirada estaba fija en el rostro de Virgilio, como si buscara una señal de que esto era realmente necesario. Finalmente, ella simplemente soltó su mano con cuidado, como si soltara un trozo de cristal que podría romperse con cualquier toque.

"No tardes mucho, por favor", susurró, casi inaudible.

Stella se levantó con un bostezo sofocado, estirando los brazos antes de recoger una sábana que se había resbalado del colchón. Sus ojos azules se encontraron con los de él y forzó una leve sonrisa.

"Si empiezas a oír voces o a ver luces raras, grita, ¿de acuerdo? No más sacrificios silenciosos."

Ada resopló y le dio la espalda, pero su rigidez delataba que estaba tan afectada como los demás. "Cinco minutos. Diez, máximo. No te daré más que eso antes de invadir esta habitación nuevamente."

"No me conoces muy bien si crees que te voy a dejar solo por tanto tiempo", añadió Roxanne con una sonrisa traviesa—, pero sus ojos no se rieron.

Katharina fue la última en abandonar el colchón. Se alisó el cabello con calma, como si intentara ocultar la forma en que le temblaban las manos. Se acercó a la cabecera y se inclinó para susurrarle algo cerca del oído: "Cuando te mejores, tendremos nuestro momento a solas..."

Con pasos ligeros, salieron uno a uno, cruzando la puerta del dormitorio. El aire parecía más frío a medida que la habitación se vaciaba, como si el calor que su presencia había proporcionado hubiera sido cuidadosamente eliminado—, pero aún así dejó un rastro.



La puerta se cerró suavemente con un clic.

Y luego, finalmente, Virgilio estaba solo.

El silencio era diferente ahora.

Virgilio presionó sus dedos contra sus sienes, el silbido en su mente se hizo más claro —como la estática de una vieja radio sintonizando un canal prohibido. Era un sonido que vibraba profundamente dentro de su cráneo, agudo y húmedo, casi como un susurro proveniente del agua.

Arqueó las cejas y entrecerró los ojos por un momento.

"¿Qué... me está pasando..."

"Tú también lo estás escuchando, ¿no?" dijo una voz familiar, que emergía como un aliento que venía de todas direcciones.



Levantó los ojos y miró fijamente la sombra alargada que lo rodeaba, que comenzó a distorsionarse, a ondularse, como si las leyes de la luz hubieran dejado de funcionar. Del suelo surgió la forma de Itarine —su guardiana de la sombra— en su forma más pequeña: un diminuto dragón negro hecho de humo, con ojos de color ámbar intenso y una cola que parpadeaba como una mecha ardiente.

Aterrizó suavemente sobre la cabecera, con las alas revoloteando ligeramente.

"Itarina...? ¿Qué fue eso? ¿Ese... sonido de silbido? preguntó, con la voz baja y prolongada.



La criatura meneó la cabeza.

"No lo sé", dijo en tono sombrío, a diferencia de su calma habitual. "Pero creo que es mejor que lo veas por ti mismo"

Virgilio frunció el ceño. "¿Ves qué?"

"Sabes qué", respondió ella, inclinando ligeramente la cabeza. "Cierra los ojos. Entra. A tu mundo mental."

Hubo un momento de vacilación. Él no sabía si quería ver. Si estuviera preparado para ello. Pero respiró profundamente... y obedeció. Sus ojos se cerraron. Y el mundo cambió.



El calor de la cama desapareció. La habitación se disolvió como humo arrastrado por el viento. Virgilio abrió los ojos en el plano de su propia alma—su dimensión interior. Su mundo mental.

El suelo era un mar oscuro de lirios araña, rojos como sangre coagulada, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, balanceándose con un viento que no existía. El cielo de arriba, eternamente carmesí, ahora era diferente. Mal.

Había un trueno negro cruzando las nubes. Un velo tormentoso cubría los cielos, pero no era natural—era como si el alma misma del mundo estuviera gritando.

Y luego lo vio.



En los cielos de su mundo interior... dos formas colosales chocaron con la furia divina.

Crymsaria, la Emperatriz Dragón Carmesí, envuelta en llamas escarlatas y relámpagos carmesí, rugió como una tormenta viviente. Sus alas parecían estar hechas de cristal incandescente y su presencia hacía temblar los lirios de abajo.

Nivara, la Emperatriz Dragón Platino, era un espectro de gélido esplendor. Su cuerpo estaba envuelto en nieblas blancas y espinas de hielo etéreas. Por donde pasó, el aire se congeló y fragmentos de su esencia cayeron como nieve cortada sobre los campos.

Estaban peleando.



Aquí. Dentro de él.

"No..." Virgilio dio un paso adelante con los ojos muy abiertos. "Esto... Esto no es posible... Ellos... ¡Se han ido! ¡Han sido borrados!"

Itarine apareció a su lado, ahora en su forma humanoide, con su piel gris y sus ojos dorados reflejando las chispas de la batalla de arriba.

"No fueron destruidos, Virgilio. Estaban... absortos. Por ti."